

PARIS-ATHÈNES... WINDHOEK

MARÍA RECUENCO

TRADUCTORA

YES QUE AQUÍ ESTOY, desde Cuenca, más concretamente, desde Mota del Cuervo, a Windhoek, la capital de Namibia, nada más y nada menos, y leyendo *Paris-Athènes* de Vasilis Alexakis.

Vasilis Alexakis es un escritor, periodista, dibujante y guionista griego que vive desde hace muchos años en París, aunque, para ser exactos, habría que decir que vive a caballo entre Francia y Grecia. Alexakis se fue a principios de los años sesenta (concretamente, en 1961) con una beca para estudiar periodismo y aprender francés a Lille y, tres años después, cuando termina sus estudios, regresa a Grecia para cumplir con sus obligaciones militares. Allí permaneció hasta 1968, año en que se instaura en Grecia la dictadura de la Junta de los Coroneles y, entonces, al igual que otros muchos escritores griegos, se marcha a Francia, concretamente, a París, donde se instala definitivamente (aunque no en exclusiva, pues viaja con frecuencia a Grecia) y donde se da a conocer principalmente como dibujante humorístico y periodista para varios periódicos y radios (*Le Monde*, sobre todo, *La Croix*, *La Quinzaine Littéraire* y *France Culture*) antes de consagrarse a la literatura.

Alexakis es un autor prolífico y muy variado, pues además de libros y álbumes con viñetas, también es autor de los guiones de varios cortometrajes, películas y seriales, pero me centraré en su producción literaria en griego y en francés, que es la que me interesa.

En 1974 (año del fin de la dictadura en Grecia) escribe en francés *Le Sandwich*, la historia de un hombre que mata a su mujer y, luego, se come un bocata. En 1975 escribe en francés *Les Girls de City Boum-Boum*, que autotraduce al griego mucho más tarde, en 1985 (Τα κορίτσια του Σίτυ Μπουμ-Μπουμ). En 1978 escribe en francés *La Tête du chat*, novela traducida al griego en 1979 por su madre, Marica Kilítsoglu (Το κεφάλι της γάτας). En 1981, por fin, escribe su primer libro en griego *Τάλγκο*, que autotraduce al francés en 1983 (*Talgo*). En 1985 escribe en francés *Contrôle d'identité*, traducido al griego por Victoria Trápali en 1986 (Έλεγχος ταυτότητας). En 1989 escribe en francés *Paris-Athènes*, que autotraduce al griego en 1993 (Παρίσι-Αθήνα). En 1992 escribe en francés *Avant*, traducido en 1994 al griego por Carina Lampsa (Πριν). En 1995 escribe en griego *Η μητρική γλώσσα*, que autotraduce al francés en 1995 (*La langue maternelle*). En 1997 escribe en francés la colección de relatos *Papa et autres nouvelles* y en 1999 escribe en griego *Η καρδιά της Μαργαρίτας*, que aparece autotraducido al francés ese mismo año (*Le coeur de Marguerite*). En 1999 escribe otra colección de relatos en francés *Le Colin d'Alaska*. En 2002 escribe en francés *Les mots étrangers*, que autotraduce al griego en 2003 (Οι ξένες λέξεις). En 2005 escribe en griego *Θα σε ξεχάσω κάθε μέρα*, que autotraduce al francés en 2005 (*Je t'oublierai tous les jours*) y en 2007 escribe

en francés *Ap. J.-C.*, que autotraduce al griego en 2008 (Μετά Χριστόν).

La mayoría de los libros de Alexakis escritos en las dos lenguas se caracterizan por el abundante sustrato autobiográfico; en él se mezclan en ocasiones la ficción, el desconcierto, un cierto caos y saltos en el tiempo y en el espacio, briznas de humor negro y de ironía y descripciones imaginadas que al autor le gusta improvisar en el momento menos esperado de la narración. Algo muy particular también en él es el hablar de sus idiomas, el griego y el francés, así como de su producción literaria en las dos lenguas desde un punto de vista muy interesante, por lo consciente de su condición de autor bilingüe y de su multiculturalismo.

Él mismo ha reconocido que fue la situación política en Grecia la que lo llevó a escribir en francés, una lengua que entonces no le traía ningún mal recuerdo y que se convirtió en muy poco tiempo en una lengua familiar para él, debido quizás al gran número de palabras de origen griego con que cuenta. El hecho de no haber cursado estudios secundarios en Francia también le brindó la oportunidad de aprender francés sin lo que él denomina “deformación profesional”, de una manera mucho más libre, casi a su propio ritmo. Igualmente, no hay que pasar por alto la situación que Alexakis encuentra al llegar a Francia, procedente de la dictadura griega: Mayo del 68. Si tenemos en cuenta todas estas circunstancias, no nos ha de extrañar que el autor griego se sienta atraído por la lengua francesa y se sirva de ella para crear sus obras. Sin embargo, dice: “No está bien que alguien escriba durante mucho tiempo en un idioma que no comparte sus recuerdos y que no entiende su madre”, la cual aprendió francés para poder leer sus libros (e incluso, como hemos visto, llegó a traducir uno de ellos al griego).

Una vez restaurada la democracia en Grecia en 1974, Alexakis ya no tenía, en teoría, muchos motivos para no escribir en su lengua materna, pero no lo hará hasta 1981, año en que escribe su primera novela directamente en griego, tras una conversación con su madre en la que el autor se da cuenta de que se está alejando cada vez más de su país, de sus raíces y, sobre todo, de su lengua.

Por eso, escribe *Τάλγκο*, que autotraduce al francés dos años después, en 1983. En 1985 se autotraduce por primera vez a su propio idioma (*Τα κορίτσια του Σίτυ Μπουμ-Μπουμ*), lo que le lleva, algo más tarde, a plantearse su verdadero lugar en ese mundo bilingüe del que, sin darse cuenta, ha pasado a formar parte y que lo coloca frente a frente con la necesidad de brindar una explicación tanto al lector como, sobre todo, a sí mismo, acerca de su persona y de su identidad. De ahí que escriba en 1989 y en francés *Paris-Athènes*, que autotraduce al griego bastantes años después, en 1993 (*Παρίσι-Αθήνα*). El propio Alexakis ha manifestado en varias ocasiones que su intención al empezar la novela en cuestión era la de resolver el enigma acerca de “dónde y en qué lengua vivir”. Afortunadamente, dice, no fue así y considera su bilingüismo o su capacidad de expresarse tanto en griego como en francés una auténtica ventaja.

Es evidente la curiosidad que produce en Alexakis la relación que él mismo ha creado (probablemente, sin darse cuenta) entre el griego y el francés y su manera de servirse de ellos, de ahí que se dedique a analizarla para intentar encontrarse a sí mismo en el laberinto modelado por las dos realidades, al tiempo que intenta encontrar también el modo justo y menos infiel de expresarse a sí mismo en una y en otra lengua. De ahí que, pudiera pensarse, sus obras constituyan el intento de armonizar, de conciliar, a través del lenguaje, las dos realidades de que está constituido.

Resulta curioso cómo es percibido Vasilis Alexakis en los dos países, en los cuales ha sido galardonado con importantes premios literarios: en Grecia, Premio Nacional a la mejor novela en 2004 por *Οι ξένες λέξεις* y, en Francia, Premios Alexandre-Vialat 1992, Albert Camus 1993 y Charles-Exbrayat 1995 por *Avant*, Premio Médicis en 1995 por *La langue étrangère*, Premio de Relato de l'Académie française en 1997 por *Papa et autres nouvelles*, Premio Edouard Glissant en 2003 y Gran Premio de Novela de l'Académie française en 2007 por *Ap. J.-C.* (primera vez que se otorga este premio a un extranjero). Y es que mientras en Francia es considerado como “le plus parisien des écrivains grecs et le plus grec des écrivains

français”¹, en Grecia es visto más bien como un escritor extranjero (francés), muy polémico, todo dicho sea de paso, por sus comentarios acerca de la realidad del país.

Volvamos a *Paris-Athènes*. Se trata de un libro muy peculiar que puede entenderse como el relato autobiográfico, en forma de trayectoria vital, de un escritor apátrida, denominación que se ha dado en varias ocasiones a Alexakis. El libro trata la relación del autor con sus dos países: Grecia, el de nacimiento, y Francia, el de adopción; de su relación con los dos idiomas: el griego, la lengua materna, que casi llegó a olvidar a medida que aprendía el francés, y el francés, que tantos esfuerzos le ha costado al tiempo que también le ha brindado alegrías; y también de las dos “personalidades” del autor: la griega y la francesa.

Alexakis refleja de una manera muy particular lo que él llama el “partido de fútbol” que se libra en su interior entre las dos culturas, habla asimismo de la contaminación lingüística entre el francés y el griego, habla de las palabras que le gustan y de las que no y de las palabras que le recuerdan caras y otras cosas (“Lille m'apprit des mots que je croyais connaître, comme le mot froid”). En un momento dado, habla también de los sentimientos que experimenta en el momento en que, desde el avión, vislumbra alguno de los dos países.

¿A quién no le ha pasado alguna vez algo así? Todo el que se haya tomado alguna molestia en aprender alguna lengua o hable conscientemente más de una, seguro que sabe de la importancia del componente emocional en el aprendizaje de las lenguas. Y es que aprender un idioma es, o debería ser, aprender un nuevo modo de ver el mundo, aprender una nueva cultura, aprender cómo vive un determinado número de personas, descubrir nuevos sentimientos, nuevos olores, nuevos sabores, nuevos lugares, nuevas personas...

PARIS-ATHÈNES...

París. La ciudad en la que nunca he vivido pero adonde intento ir al menos una vez al año. La ciudad que todo el mundo dice que me gusta porque nunca he vivido allí. París es la Torre Ei-

ffel de noche, vista de lejos, al doblar una esquina, es pasear por cualquier calle a cualquier hora, sin prisa, es entrar en una librería y es hablar francés, *bien sûr...*

Y Atenas. La “ciudad-monstruo”, a la que se le reprochan infinidad de defectos de cerca pero a la que inmediatamente se echa de menos en la lejanía. He vivido algún tiempo en Atenas. Y Atenas es Plaka y es Omonia, es olor a canela, es frapé de día y Space de noche, en una terraza, es sol y hablar griego, *veveos...*

Alexakis habla también de Lille, donde se diplomó en Periodismo y aprendió francés. No guarda muy buenos recuerdos de la ciudad. Dice que allí la gente está triste a causa de la abundante lluvia. Yo viví un año bastante cerca de Lille, en Valenciennes, y guardo muy buenos recuerdos de esa época. Recuerdo un cielo azul, limpiísimo, y mucho, mucho frío, y también mucha lluvia. Luego, me fui a Luxemburgo, otra vez francés. Y de Luxemburgo, recuerdo la nieve, las instituciones y una escultura con forma de algo parecido a una señora de color azul, muy divertida, en el centro de la ciudad. Y después, Cracovia, el frío de verdad y la oscuridad, la nieve y la niebla, y el sabor a jengibre. Y el polaco, el endemoniado polaco.

Y ahora: Windhoek... que es una ciudad en inglés y en alemán, en afrikáans, en oshivambo, en hehero y en damara-nama. Es una ciudad en blanco y negro, aunque en ocasiones sólo en blanco y, otras, sólo en negro. Llevo sólo unos meses aquí pero ya me siento bien en ella. Siempre me he sentido bien en todas las ciudades en las que he vivido y siempre me da pena marcharme de ellas, aunque ninguna resulte la definitiva. También he visitado muchas otras ciudades, como turista, ciudades de las que desconocía el idioma y en las que me he comunicado, sin problemas, en inglés o en francés. Pero por muy bonitas que fueran, por mucho que me divirtiera en ellas, nunca llegaron a gustarme como lo han hecho las ciudades en las que he vivido y con las que he compartido un idioma común. Probablemente se debiera a la “barrera lingüística”.

Y es que el hecho de no conocer una lengua impide llegar hasta la médula de muchas realida-

des, realidades que no se harán evidentes a menos que nos adentremos en el complejo mundo del léxico, de la sintaxis y de la gramática, realidades que por mucho que alguien se esfuerce en explicarnos nunca podremos aprehender de la misma manera en que lo haremos cuando hablemos su idioma, el idioma de esas realidades, la llave que abre la puerta de un modo determinado de organizar el mundo.

Alexakis lo sabe, es consciente de lo afortunado que es al ser partícipe de los dos mundos. Y piensa y escribe sobre ello y deja abiertas en sus libros numerosas interrogantes acerca del lenguaje y de su relación con las personas. “¿Puede ser que el aprendizaje de un nuevo idioma sirva para reconciliarse con uno mismo, para despertar la memoria?”. “¿Puede alguien enamorarse de una lengua como de una mujer?”. El autor se ha dado cuenta de que cada cosa tiene para él dos denominaciones (una griega y una francesa) y su percepción de la realidad es distinta en función de si usa una u otra; de ahí, por ejemplo, que la presencia del mar sea mucho más intensa en sus textos griegos que en los franceses o de que en el texto francés no aparezca tanto la palabra iglesia como en el griego.

A pesar de ello, reconoce que se autotraduce con bastante facilidad, aunque le lleva mucho tiempo hacerlo, pues introduce muchos cambios a lo largo del proceso y admite que, de no tener la obligación de escribir dos veces sus libros, su ergografía sería mucho más extensa. Sin embargo, ve más ventajas que inconvenientes en el hacerlo pues, según él, observar sus escritos desde el prisma de otra lengua, le ayuda a ver mejor sus puntos débiles y, por consiguiente, a corregirlos y mejo-

rarlos (de ahí que prefiera ser leído en traducción antes que en original).

La autotraducción me trae de cabeza. Me he preguntado muchas veces acerca de qué es lo que lleva a los autotraductores a escribir dos veces lo mismo, esto es, a escribir en otro idioma lo que ya han dicho una vez en otro idioma distinto.

Alexakis no aclara demasiado mi duda cuando sostiene que no utilizaría dos idiomas diferentes si dijera lo mismo en ambos aunque, por otro lado, no cree que su estilo cambie de una lengua a otra. Dice que si eso ocurriera abandonaría una de las dos. ¿Entonces? Quizás la respuesta sea la contestación que el autor da a Christophe Kantcheff cuando éste le pregunta:

¿Qué es lo que lo lleva entonces a la mesa de trabajo, ante la hoja en blanco?

Y responde:

Escribir es difícil pero no hacerlo o no encontrar las palabras que busco me hace todavía más desdichado. Para escapar de ello, escribimos y sufrimos la pena de la escritura, que es más ligera que la desgracia del silencio o del fracaso².

NOTAS

1. Sobre su novela *La langue maternelle* se ha llegado incluso a decir que es “Le roman le plus grec d’un des meilleurs écrivains français” (*Hebdo National, Politis*, 26 de octubre de 1995).
2. Entrevista de Bernard Dozot. Bélgica, enero 1996.